



SAN PEDRO CRISÓLOGO (380-450) DOCTOR DE LA IGLESIA

Pedro nació en Imola, en Emilia. El mismo Pedro asevera que su padre había llegado a ser Obispo de esa ciudad (Sermón 165). Fue bautizado e instruido en la religión cristiana desde muy joven y pronto se ordenó de diácono. **Bajo el pontificado de Sixto III, entre 432 y 440, fue nombrado obispo de Revena.** Como si hubiera sido designado por el propio apóstol Pedro, pues el Papa lo escogió en lugar del candidato que le presentaba el pueblo.

Fue uno de los oradores más famosos de la Iglesia Católica, y fue formado por el Obispo de esa ciudad Cornelio, por el cual conservó siempre una gran veneración. **El Obispo Cornelio convenció a Pedro que en el dominio de las propias pasiones y en el rechazar los malos deseos reside la verdadera grandeza, y que este es un medio seguro para conseguir las bendiciones de Dios.**

Pedro gozó de la amistad del emperador Valentiniano y de la madre de éste, Gala Plácida, y por recomendación de los dos, fue nombrado Arzobispo de Ravena. También gozó de la amistad del Papa San León Magno del cual fue confidente.

Cuando empezó a ser arzobispo de Ravena en 433, ciudad de la cual existen indicios que tuvo el rango de metrópoli antes de sus tiempos, había en esta urbe un gran número de paganos. **Y trabajó con tanto entusiasmo por convertirlos, que cuando él murió ya eran poquísimos los paganos o no creyentes en este lugar.**

En el año 445 asistió a la muerte de San Germano de Auxerre y, tres o cuatro años después, escribió a Eutiques, que negaba que Cristo fuera perfecto hombre.

La piedad y devoción de Pedro le ganaron admiración universal, y **por su oratoria, se le dio el nombre de Crisólogo.** Luego de su condena por el Sínodo de Constantinopla en 448, los euticos monofisitas, se tomaron la tarea de apoyarlo, sin haber obtenido éxito.

A la gente le agradaba mucho sus sermones, y por eso le nombraron **crisólogo, que quiere decir, el que habla muy bien.** Su modo de hablar era conciso, sencillo y práctico. **La gente se admiraba de que en predicaciones bastante breves, era capaz de resumir las verdades más importantes de la fe.** Se conservan de él, **176 sermones,** muy bien preparados y cuidadosamente redactados, en los que **explicaba de manera bella los misterios de la Encarnación, las herejías de Arios y Eutyches, el Credo de los Apóstoles, y dedicaba series de homilias a la Santísima Virgen y a Juan El Bautista.**

Recomendaba mucho la comunión frecuente y exhortaba a sus oyentes a **convertir la Sagrada Eucaristía en su alimento de todas las semanas.**



Pedro fue consultado por el herejarca Eutiques, archimandrita de un monasterio de Constantinopla, en sus primeras disputas con el arzobispo de Constantinopla en 449; su respuesta, estaba en la línea de política de este gran Papa, puesto que declara que **el juicio definitivo, tanto en materia doctrinal como disciplinaria, le corresponde al Romano Pontífice, porque “en su persona es siempre el Apóstol Pedro quien sobrevive y preside para ofrecer la Verdad de la Fe a cuantos la busquen”**. Eutiques fue condenado por San Flavio el año 448.

Un día que Pedro predicaba sobre el episodio evangélico de la hemorroísa, habló con tal vehemencia que pronto le faltó la voz. El auditorio se conmovió por ello de tan manera, que estalló en sollozos, clamores y suplicaciones que reemplazaron la palabra del orador. **El Santo dio gracias a Dios de que su desfallecimiento hubiese dado lugar a un ímpetu de arrepentimiento y de caridad.**

En la ciudad de Clasis, que era entonces el puerto de Ravena, Pedro construyó un bautisterio y una iglesia dedicada a San Andrés.

Pedro Crisólogo habiendo tenido una revelación sobre su muerte próxima, volvió a su ciudad natal de Imola, donde regaló a la Iglesia de San Casiano varios cálices preciosos. Después de aconsejar que se procediese con diligencia a elegir a su sucesor, murió en Imola, el 31 de julio del 451, según algunas fuentes y, según otras, el 3 de diciembre del 450. Fue sepultado en la iglesia de San Casiano.

Por su gran sabiduría al predicar y escribir, fue nombrado Doctor de la Iglesia, por el Papa Benedicto XIII en 1729

Se transcribe el sermón, donde se habla del Padre Nuestro: La oración dominical (Sermón 67)

Hermanos queridísimos, habéis oído el objeto de la fe; escuchad ahora la oración dominical. Cristo nos enseñó a rezar brevemente, porque desea concedernos enseguida lo que pedimos. ¿Qué no dará a quien le ruega, si se nos ha dado Él mismo sin ser pedido? ¿Cómo vacilará en responder, si se ha adelantado a nuestros deseos al enseñarnos esta plegaria?

Lo que hoy vais a oír causa estupor a los ángeles, admiración al cielo y turbación a la tierra. Supera tanto las fuerzas humanas, que no me atrevo a decirlo. Y, sin embargo, no puedo callarme. Que Dios os conceda escucharlo y a mí exponerlo.

¿Qué es más asombroso, que Dios se dé a la tierra o que nos dé el cielo?, ¿que se una a nuestra carne o que nos introduzca en la comunión de su divinidad?, ¿que asuma Él la muerte o que a nosotros nos llame de la muerte?, ¿que nazca en forma de siervo o que nos engendre en calidad de hijos suyos?, ¿que adopte nuestra pobreza o que nos haga herederos suyos, coherederos de su único Hijo? Sí, lo que causa más maravilla es ver la tierra convertida en cielo, el hombre transformado por la divinidad, el siervo con derecho a la herencia de su señor. Y, sin embargo, esto es precisamente lo que sucede. Mas como el tema de hoy no se refiere al que enseña sino a quien manda, pasemos al argumento que debemos tratar.

Sienta el corazón que Dios es Padre, lo confiese la lengua, proclámelo el espíritu y todo nuestro ser responda a la gracia sin ningún temor, porque quien se ha mudado de Juez en Padre desea ser amado y no temido.

Padre nuestro, que estás en los cielos. Cuando digas esto no pienses que Dios no se encuentra en la tierra ni en algún lugar determinado; medita más bien que eres de estirpe celeste, que tienes un Padre en el cielo y, viviendo santamente, corresponde a un Padre tan santo. Demuestra que eres hijo de Dios, que no se mancha de vicios humanos, sino que resplandece con las virtudes divinas.

Sea santificado tu nombre. Si somos de tal estirpe, llevamos también su nombre. Por tanto, este nombre que en sí mismo y por sí mismo ya es santo, debe ser santificado en nosotros. El nombre de Dios es honrado o blasfemado según sean nuestras acciones, pues escribe el Apóstol: es blasfemado el nombre de Dios por vuestra causa entre las naciones (Rm 2, 24).

Venga tu reino. ¿Es que acaso no reina? Aquí pedimos que, reinando siempre de su parte, reine en nosotros de modo que podamos reinar en Él. Hasta ahora ha imperado el diablo, el pecado, la muerte, y la mortalidad fue esclava durante largo tiempo. Pidamos, pues, que reinando Dios, perezca el demonio, desaparezca el pecado, muera la muerte, sea hecha prisionera la cautividad, y nosotros podamos reinar libres en la vida eterna.



Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Éste es el reinado de Dios: cuando en el cielo y en la tierra impere la Voluntad divina, cuando sólo el Señor esté en todos los hombres, entonces Dios vive, Dios obra, Dios reina, Dios es todo, para que, como dice el Apóstol, Dios sea todo en todas las cosas (1 Cor 15, 28).

El pan nuestro de cada día, dánosle hoy. Quien se dio a nosotros como Padre, quien nos adoptó por hijos, quien nos hizo herederos, quien nos transmitió su nombre, su dignidad y su reino, nos manda pedir el alimento cotidiano. ¿Qué busca la humana pobreza en el reino de Dios, entre los dones divinos? Un padre tan bueno, tan piadoso, tan generoso, ¿no dará el pan a los hijos si no se lo pedimos? Si así fuera, ¿por qué dice: no os preocupéis por la comida, la bebida o el vestido? Manda pedir lo que no nos debe preocupar, porque como Padre celestial quiere que sus hijos celestiales busquen el pan del cielo. Yo soy el pan vivo, que ha bajado del cielo (Jn 6, 41). Él es el pan nacido de la Virgen, fermentado en la carne, confeccionado en la pasión y puesto en los altares para suministrar cada día a los fieles el alimento celestial.

Y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Si tú, hombre, no puedes vivir sin pecado y por eso buscas el perdón, perdona tú siempre; perdona en la medida y cuantas veces quieras ser perdonado. Ya que deseas serlo totalmente, perdona todo y piensa que, perdonando a los demás, a ti mismo te perdonas.

Y no nos dejes caer en la tentación. En el mundo la vida misma es una prueba, pues asegura el Señor: es una tentación la vida del hombre (Job 7, 1). Pidamos, pues, que no nos abandone a nuestro arbitrio, sino que en todo momento nos guíe con piedad paterna y nos confirme en el sendero de la vida con moderación celestial.

Mas líbranos del mal. ¿De qué mal? Del diablo, de quien procede todo mal. Pidamos que nos guarde del mal, porque si no, no podremos gozar del bien.



TOMADO DE:

https://es.wikipedia.org/wiki/Pedro_Cris%C3%B3logo

http://www.corazones.org/santos/pedro_crisologo.htm

<https://www.aciprensa.com/santos/santo.php?id=227>

http://ec.aciprensa.com/wiki/San_Pedro_Cris%C3%B3logo

http://www.mercaba.org/TESORO/san_pedro_crisologo.htm